

## EL AMOR EN SAN JUAN DE LA CRUZ

Hace cuatrocientos años, un 19 de diciembre, moría una de las figuras más grandiosas de la poesía española: San Juan de la Cruz. Con solo unos pocos centenares de versos, unos comentarios a sus propias composiciones y algunas cartas, se colocaba, sin proponérselo, en un puesto de honor de nuestras letras.

Reclutado por la andariega y qui-jotesca Santa Teresa de Jesús para la reforma del Carmelo, San Juan de la Cruz sufrió persecuciones, malos tratos, vejaciones e inquietudes para acabar en la oscura celda del convento de Úbeda donde, entre la hostilidad de sus compañeros, la muerte lo sacó de esta vida, en 1591, después de dolorosa enfermedad. Su existencia exterior, como dice un estudioso de su obra, transcurrió opaca, sin brillo, sin triunfos; no así la interior, llena de emotivas vivencias, de ocultos e íntimos éxtasis.

Hay una acepción sugestiva del misticismo: unión inefable del alma con Dios por el amor. Esta definición nos dice con acierto cual era la vida recóndita del poeta: la de un alma amorosamente unida a la Divinidad. Unión que por ser sobrenatural, posee una fuerza superior a cualquier otra humana, y por ello los emocionantes gozos que comporta sólo pueden ser descritos o explicados con pobre aproximación. De ahí que, nuestro Santo, sea poeta. No porque él lo quiera ni lo intente, sino porque para dar a conocer las experiencias de su espíritu ha de recurrir, con forzosa inevitabilidad, a la poesía, como única forma con cierta capacidad para expresarlas.

Y dado que su auténtica vocación era la de formador, la de maestro, no hallaba mejor medio para describir sus apasionadas y apasionantes ventura y aventura espiritual, a solas con Dios, en fusión íntima, sin intermediario ni

... mensajero,  
que no sabe decirme lo que quiero,  
que mediante las más bellas composiciones que, tal vez, se han escrito en nuestra lengua.

El delirio de amor que el alma siente, le hace decir:

Y veante mis ojos,  
pues eres lumbre dellos,  
y solo por ti quiero tenellos.

Y llamará al amado, a Dios, "los valles solitarios nemorosos" porque "son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos"... Y "música callada" pues "es inteligencia sosegada y quieta, sin ruido de voces; y así, goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio". Pero también será "la soledad sonora", "por que aunque aquella música es callada en cuanto a los sentidos y potencias del alma, es soledad muy sonora para las potencias espirituales".

Y el alma se escapará  
En una noche oscura,  
con ansia, en amor inflamada,  
¡ oh dichosa ventura !,  
sali sin ser notada,  
estando ya mi casa sosegada.

a la búsqueda del Ser amado.

El "Cántico espiritual", la "Noche oscura", la "Llama de amor viva" y toda la obra poética de San Juan de la Cruz, tan breve y tan perfectamente bella, tiene una lectura humana. Jorge Guillén decía que "si se leen como poemas

-Y esto es lo que son- no significan mas que amor".

Pero es que el amor, bien se dispare hacia otro ser, bien hacia la Divinidad, es siempre humano, nacido de una criatura que goza, sufre, ~~sufre~~, rie llora; mas, al propio tiempo, de una criatura que por causa de este amor, es capaz de salirse de sí, de ir a fundirse en otro, de enajenarse, y ésto ya excede y rebosa lo propiamente humano para adquirir cualidades y atributos superiores. Dicho de otra forma: el amor posee componentes divinos -¡es pléndida donación!- y en la medida que

es mas puro, limpio de adherencias extrañas y absorbentes, mas nos hace participar de Dios. Y cuando se dirige a El en exclusividad, mas nos hace deseear impacientes su presencia. "Vivo sin vivir en mi", afirmaría el Santo en unas "Coplas del alma que pena por ver a Dios". Maravillosa síntesis de lo que significa amar: vivir fuera de si mismo.

Miguel Molina

## SEMANA SANTA EN LUCENA

(Con mi admiración a la Hermandad de Tambores)

Semana Santa en Lucena.  
Cera y clavel. Santería  
que lleva en vuelo a María  
para mitigar su pena.  
Una pasión nazarena  
para mostrarle la luz  
de Nuestro Padre Jesús  
al hermano que la espera.  
Una nueva primavera  
que florece en una cruz.

Una sangre derramada.  
Un silencio de luceros.  
Una oración de santeros  
a la columna amarrada.  
Una densa madrugada  
transida por el amor,  
en que Cristo el Redentor  
sale a buscar su agonía ...  
Lo lleva la Santería  
y le acompaña el tambor.

Francisco López Salamanca